

## *El pasado en el futuro de España*

MARTÍN ALMAGRO GORBEA \*

**N**o pretendo como prehistoriador, en este artículo, analizar la Historia de España, pero sí sumarme a la feliz iniciativa de *Una España Posible en los albores del siglo XXI*<sup>1</sup>, en un tiempo tan apropiado como es el inicio de un siglo y en un momento en el que las circunstancias socio-políticas aconsejan una reflexión colectiva de lo que somos y de lo que queremos ser en el futuro, pues se discute si España es una Nación o si está conformada por naciones diversas. En esta discusión, sólo pretendo aportar mi visión de prehistoriador a este debate, que no es apartada y distante como pudiera parecer, pues ofrece interesantes claves para comprender el pasado pero también el presente.

Todos sabemos que la Historia es nuestra memoria colectiva, es la memoria de la sociedad. Eso es lo que quiere decir el conocido aforismo de Cicerón (*Tusculanas*, 2,16), *Historia Vitae Magistra*. Si nuestra memoria personal se deteriora por amnesia, perdemos la percepción de la realidad y el conocimiento de nosotros mismos, con el riesgo de no poder tomar decisiones o tomarlas erróneas. Lo mismo ocurre a nivel colectivo si no sabemos o no recordamos correctamente nuestra Historia, que, desde Herodoto, enseña qué es el hombre a través del tiempo.

Además, en momentos de crisis, sucesos aparentemente lejanos de nuestra vida pueden ser claves para saber cómo somos y cómo debemos actuar. En este sentido, quiero plantear cómo se ve la Historia de España desde una perspectiva de larga duración. Es decir, no pretendo analizar acontecimientos recientes, ni siquiera lo que normalmente entendemos como Historia de España. Me ha parecido más oportuno, desde la distancia de la Prehistoria, explicar cómo se ve lo que entendemos como España y contrastar esta visión con otras no siempre

---

<sup>(1)</sup> Quiero agradecer la oportunidad de haber participado en este curso sobre Una España posible para el siglo XXI, organizado por la Fundación FUNDES, a su director, la admirada figura de D. Julián Marías, y a su organizador y buen amigo, el Prof. Helio Carpintero.

<sup>1</sup> Quiero agradecer la oportunidad de haber participado en este curso sobre *Una España posible para el siglo XXI*, organizado por la Fundación FUNDES, a su Director, la admirada figura de D. Julián Marías, y a su organizador y buen amigo, el Prof. Helio Carpintero.

acordes con la realidad, no para aportar una interpretación más, sino para desenmascarar manipulaciones históricas que poco tienen que ver con la realidad.

Esta visión de larga duración permite comprender mejor los procesos al enjuiciarlos como más lejanía y objetividad. Y, por otra parte, lo mismo que nuestra niñez encierra claves de nuestra personalidad que no valoramos en el día a día pero que sí hay que conocer en momentos de crisis, nuestra sociedad es resultado de un largo proceso de formación hacia estructuras cada vez más complejas ocurrido a lo largo de milenios, cuyo resultado ha conformado nuestra forma de ser más profunda que subyace bajo episodios más recientes y pasajeros, aunque no seamos conscientes de ello.

Muchas veces me pregunto cómo se puede explicar de otro modo la peculiar forma de ser de los gallegos, genialmente ilustradas en el «El bosque animado» de Wenceslao Fernández Flórez, o la religiosidad y sensibilidad andaluza que traslucen sus fiestas y romerías, por no hablar del tópico de origen de los vascos y de su lengua, al que aludiré más adelante. Sin tener en cuenta sus profundas raíces prerromanas, no es posible explicar la forma de ser de ninguno de las gentes tan diversas que habitamos la Península Ibérica. Por ello, la Historia de España no se comprende sin los tiempos prehistóricos y el propio Claudio Sánchez Albornoz, en su famosa obra *España, un enigma histórico*<sup>2</sup> reconocía “la perduración en la España posterior a 1700 de muchos rasgos de la España anterior a Cristo”, aunque, con toda lógica, señalaba que la formación de España como entidad política no procede de la Prehistoria, pues lo contrario sería un claro anacronismo.

\*

La Península Ibérica es la más occidental de las grandes penínsulas de Europa en el Mediterráneo, conocida desde la Antigüedad como *Iberia* por los griegos y como *Hispania* por los romanos.

Su personalidad histórica está marcada por su variabilidad interna y por su situación en el *finis terrae* del Viejo Mundo. Las diferencias geográficas son evidentes desde el Mediterráneo al Atlántico y desde las soleadas costas mediterráneas hasta las húmedas regiones septentrionales. A estas diferencias se suman la diversidad morfológica, con tierras silíceas al Occidente y con predominio de las calizas en las mediterráneas y de las sedimentarias en el interior, a lo que se añade una orografía que ha acentuado todavía más esta diversidad. El resultado son regiones naturales muy variadas habitadas por gentes de culturas distintas, lo que permite considerar a la Península Ibérica a lo largo de la Historia como un auténtico “microcontinente”, pues sólo desde fechas muy recientes hemos podido superar con facilidad las barreras geográficas.

La Península Ibérica ocupa, además, el Suroeste de Europa y está abierta al Mediterráneo y al Atlántico, vías de comunicación que han enriquecido sus contactos y su cultura, determinando en cierto modo, si se permite la expresión, su papel en la Historia de la Humanidad. Además, los Pirineos la unen, no sin cierta dificultad, con el resto de Europa y sólo la separa de Africa el Estrecho de Gibraltar, aunque el efecto barrera del Sahara ha frenado hasta la Edad

Media la fuerza demográfica y cultural del Magreg, con la excepción del mundo púnico, que fue una expansión marítima de gentes semitas de Oriente.

Sobre este marco geográfico se ha producido la evolución histórica ocurrida a lo largo de la Prehistoria, marcada por un avance lento pero progresivamente acelerado hacia sociedades y formas de vida cada vez más complejas como consecuencia del deseo del hombre de lograr un mayor control del medio ambiente para disfrutar de formas de vida cada vez mejores. Pero esa evolución ocurrida a lo largo de milenios supuso también un aumento de contactos e intercambios en el progresivo avance hacia una sociedad compleja. Por ello, ningún periodo de la Prehistoria en ninguna región española, ni siquiera en las Canarias, puede entenderse sin la interrelación con otras áreas, lo que no resta nada a su personalidad.

\*

La Península Ibérica empezó a ser habitada hace aproximadamente un millón de años, como indican los hallazgos de Atapuerca y otros menos conocidos. Pero la población humana actual del *Homo sapiens sapiens*, capaz de pensamiento abstracto y de expresiones estéticas como se manifiesta, por ejemplo, en la cueva de Altamira, procede del Paleolítico Superior, cuya antigüedad en nuestro suelo no supera los 40.000 años.

Sin embargo, no es posible hoy día retroceder tanto para explicar la población actual. Más importancia debe darse a la llegada del Neolítico hace unos 8.000 años, con nuevas formas de vida basadas en el cultivo y la domesticación de animales. Llegó primero a las regiones mediterráneas a través de Cataluña y se extendió hasta Andalucía y el Sur de Portugal y penetró por el Valle del Ebro y la Meseta hasta alcanzar un milenio más tarde todas las regiones atlánticas. La mejora de las condiciones de vida debió contribuir a un creciente aumento de población, pero no sabemos hasta que punto las poblaciones mesolíticas anteriores serían asimiladas. En las regiones atlánticas, el Neolítico exigió una adaptación a un medio ambiente diferente, que se trasluce en un mosaico de culturas megalíticas extendidas por todas las regiones occidentales de Europa desde hace unos 7000 años. Desde entonces, la Península Ibérica ofrece dos grandes áreas culturales que han perdurado prácticamente hasta la actualidad, aunque sus límites, siempre difuminados, oscilan a lo largo del tiempo. Una son las regiones atlánticas y otra, las mediterráneas, ocupando la Meseta un lugar intermedio que varía según las épocas. Pero ya desde esas lejanas fechas, sin excluir contactos anteriores, se puede señalar cómo elementos mediterráneos llegaban hasta las regiones atlánticas y desde dichas zonas tradiciones megalíticas se documentan por la Meseta y los Pirineos hasta Cataluña y Andalucía, con interacción de elementos mediterráneos, atlánticos y transpirenaicos.

Hacia el 3000 a.C., durante el Calcolítico, se produjo la llamada revolución neolítica secundaria, que permitió un mejor aprovechamiento de los animales y sus productos derivados, como la fuerza de tracción, la leche o la lana. Este hecho se tradujo en un claro aumento demográfico y en la colonización integral de todos los territorios, incluidas las zonas de montaña gracias al uso de prácticas de ganadería trashumante y de las islas, favorecidas por el desarrollo creciente de la navegación.

Esta colonización se extendería más como una “mancha de aceite” que por medio de “invasiones étnicas”, propias de sociedades guerreras posteriores. Su resultado fue un aumento de la población relativamente estable, en torno al 0.001 por año, hasta alcanzar la “saturación” de todas las zonas colonizables, como evidencia el hecho de que yacimientos calcolíticos aparezcan por todas las regiones. En consecuencia, parece lógico suponer que dicha población, con todas las modificaciones ocurridas posteriormente, constituye la base esencial de la población llegada hasta la actualidad.

Este aumento demográfico permitió un desarrollo cultural y la especialización inicial del trabajo, conformándose grupos humanos más amplios y complejos, por lo que sus poblados pasaron de estar constituidos por decenas a estarlo por centenas de individuos. En este momento se constata la aparición de la metalurgia como elemento de prestigio o la importación de marfil del Norte de África, a partir de mediados del III milenio. Además, ya eran capaces de emprender obras colectivas como acequias de riego y asentamientos fortificados, como en Los Millares, Almería. Este desarrollo social exigían una jerarquía estable, que suponía un acceso diferenciado a los recursos, como evidencian los objetos suntuarios depositados en los ajueres funerarios de sus osarios colectivos, que parecen corresponder a clanes familiares.

En el Calcolítico Final, tumbas individuales con armas sustituyen los enterramientos colectivos anteriores. Dicho cambio refleja la aparición de guerreros especializados asociada a nuevas ideas sociales y religiosas, llegadas con el llamado “Vaso Campaniforme” desde Europa Occidental, cuyo posible origen pudiera estar en las lejanas estepas euro-asiáticas. Pero estos cambios, a pesar de parecer relativamente repentinos, no debieron responder a grandes migraciones, pues en todo caso se trataría de grupos demográficos minoritarios. Hoy este fenómeno, documentado por todas las regiones peninsulares con una movilidad sin precedentes, y que aparece desde Bohemia al Atlántico y desde Escocia a Sicilia y el Norte de África, se tiende a relacionar con la introducción de las lenguas y culturas indoeuropeas en Europa Occidental, que quizás conformen el substrato más antiguo que pudo dar lugar a los pueblos “Celtas”, conocidos un milenio después por Europa Occidental y conocidos a través de los autores clásicos.

A lo largo de la Edad del Bronce, en el II milenio a.C., crecen los intercambios intermitentes de gentes e ideas a través del Mediterráneo, del Atlántico y de los Pirineos, favorecidos por jerarquías guerreras que controlan sociedades cada vez más complejas. En Andalucía y el Sureste, la Cultura de El Argar y otras similares suponen claros avances hacia formas primitivas de estado que prosiguen el precedente de la Cultura de Los Millares. Sin embargo, las diferencias regionales se acentúan al aumentar en las regiones occidentales los contactos atlánticos, frente a las zonas mediterráneas aparentemente más aisladas, mientras que la Meseta actuaba como lugar de contacto e intercambio habitada por gentes pastoriles móviles, si no trashumantes, como evidencias sus cerámicas distribuidas por amplios territorios de la periferia.

En el último milenio a.C. cristaliza este proceso de interacción de corrientes culturales y también étnicas de unas regiones con otras y de paralela

personalización de las diversas regiones que dio lugar a los pueblos prerromanos descritos por los historiadores clásicos, por lo que de ellos tenemos un mejor conocimiento.

En dicho milenio, tres grandes corrientes culturales afectan a las distintas regiones de la Península Ibérica, pero de diferente modo según su situación geográfica y su capacidad de asimilación. Las regiones atlánticas prosiguieron sus crecientes contactos hasta Bretaña y las Islas Británicas, existentes desde el megalitismo, favorecidos por la similitud de clima y de formas de vida y por el intercambio de metales como oro, estaño y cobre, abundantes en dichas regiones. Los contactos aumentan a lo largo de la Edad del Bronce y en ellas acabó insertándose Andalucía Occidental, solar de Tartessos, y la Meseta, aunque cada región ofrecía formas culturales propias.

Otra corriente etno-cultural llega a través de los Pirineos, especialmente por los pasos occidentales. Por esta vía penetran desde fines del II milenio a.C. la llamada "Cultura de los Campos de Urnas", que se extendió desde Europa Central hasta Cataluña, el Valle del Ebro y la parte septentrional de Valencia, asimilando el substrato anterior y aportando importantes cambios en la cultura material y en la organización social, así como en el campo religioso y lingüístico, pues por esta vía, que actúa de forma intermitente desde el Bronce Final hasta la conquista de las Galias por César a mediados del siglo I a.C., penetraban poblaciones celtas de las que proceden los celtíberos y otros pueblos similares.

Los celtíberos se asentaron en el Oriente de la Meseta asimilando poblaciones indoeuropeas anteriores, de tradición atlántica, pero, probablemente, de lengua y cultura célticas afines. De este tronco procederían los Vacceos del Duero, los Vetones del Sistema Central, los Lusitano-Galaicos de las regiones occidentales, los Astures y Cántabros a caballo de la Cordillera Cantábrica y los Bárdulos, Caristios y Autrigones en el País Vasco, gentes igualmente de habla y cultura celtas. Sólo al Este de Leizarán, casi en la frontera entre Guipúzcoa y Navarra, se extenderían los Vascones, que habitaban desde los Pirineos hasta llegar en algunos puntos hasta el Ebro, donde probablemente habrían desplazado o se mezclaron con gentes de los Campos de Urnas. Los Bascones parecen relacionarse con la Lengua Vasca, aunque las mayores evidencias de ésta se documentan en la Aquitania, donde no se excluye que pueda estar su origen.

Al llegar el I milenio anterior a la Era, el papel histórico fundamental corresponde al Mediterráneo, cuna de la civilización y crisol de culturas. Desde fines del II milenio a.C., se documentan en la Península Ibérica contactos con gentes de tradición micénica relacionadas con los "Pueblos del Mar" originarios del Mediterráneo Oriental y del Egeo, que abrieron las rutas seguidas a partir del siglo X a.C. por los fenicios y a partir del VII por los griegos y, después, por los púnicos y, finalmente, por los romanos.

Los fenicios fundaron colonias en las costas meridionales de la Península, desde el río Segura en Alicante hasta el Tajo, aunque su foco principal estaba en Cádiz. A ellos se deben las primeras ciudades del Occidente,

como Cádiz, Málaga o Almuñécar, que suponen la aparición de la vida urbana en Hispania. Los fenicios trajeron novedades técnicas, mineras y metalúrgicas, el uso del hierro, el torno de alfarero, la escritura y los pesos y medidas para favorecer el comercio, que se incorporaron a las culturas indígenas en contacto con ellos, principalmente en Tartessos, contribuyendo a su desarrollo. Pero su aportación más importante quizás haya sido la idea de ganancia, que contribuyó al aumento de la riqueza y dio lugar a una sociedad de clases y jerarquizada, más compleja que ninguna precedente. De este modo se comprende la formación de la sociedad tartésica, ya de tipo urbano, con santuarios y palacios como centros de poder de sus monarquías sacras. Desde entonces, la vida urbana se fue extendiendo por toda *Hispania* y ha constituido hasta hoy el elemento esencial de la sociedad en la Península Ibérica. Además, los fenicios introdujeron el policultivo mediterráneo basado en el cultivo de trigo, vid y olivo, sistema que ha perdurado hasta el siglo XX, así como la gallina, el burro y la equitación, etc. Estas innovaciones permitieron que Tartessos pasara a ser un reino de fama mítica en el Mediterráneo, influyendo en el resto de la Península Ibérica y en las regiones atlánticas.

Hacia el siglo VII a.C., comerciantes griegos de Samos, en Asia Menor, y posteriormente de la pequeña ciudad jonia de Focea, llegaron a Tartessos y fundaron Marsella y Ampurias, creando una red comercial por las costas levantinas y del Sureste peninsular. Su influjo, sumado al anterior de tartesios y fenicios, dio lugar a la formación del mundo ibérico, basado en elites aristocráticas y guerreras originarias de los Campos de Urnas en las zonas septentrionales, aunque la lengua ibérica, que no es indoeuropea, parece proceder de las poblaciones mediterráneas del substrato de la Edad del Bronce, conservadas mayoritariamente en el Sureste. En el siglo VI a.C., el enfrentamiento entre Grecia y Oriente produjo una fuerte crisis en el mundo colonial, cuya repercusión política y social en Tartessos explica su desaparición para siempre de la Historia.

Los púnicos, tras la caída de Tiro conquistada por Nabucodonosor de Babilonia el 573 a.C., pasaron a controlar las costas meridionales de Hispania. A partir del siglo IV a.C. y en especial bajo el dominio de los Bárquidas, emprendieron una política imperialista inspirada en los reinos helenísticos herederos de Alejandro Magno, estableciendo su "protectorado" por amplias zonas de Andalucía, del Centro y del Levante peninsulares hasta su enfrentamiento a Roma por el control del Mediterráneo Occidental en la II Guerra Púnica, que trajo consigo la llegada de los romanos a Hispania a fines del siglo III a.C.

Este complejo proceso histórico, a lo largo del I milenio a.C., dio lugar a la formación de los diversos pueblos prerromanos que conocemos ya por los historiadores clásicos: tartesios o turdetanos en Andalucía; iberos en todas las costas del Levante, en la Meseta Sur y en el Valle del Ebro Oriental; celtíberos en las altas tierras de Sistema Ibérico y de la Meseta Oriental, y los restantes pueblos del Occidente y del Norte de Hispania. Sus procesos de formación fueron más o menos paralelos a los ocurridos contemporáneamente en Europa Occidental, pues incluso los nómadas y bereberes en el Norte de África y los pobladores de las islas del Mediterráneo Occidental, sículos, sardos, corsos y baleares, alcanzaron en la Edad del Hierro la personalidad que conocemos por

las referencias históricas, aunque forjada en cada caso sobre sus propios tradiciones milenarias.

Dichas etnogénesis eran el final de un proceso de larga duración, pues la base poblacional y en ocasiones las lenguas procedían del propio substrato, aunque sí cambiaron las estructuras sociales que contribuyeron a determinar las formas étnicas, adaptadas a formas de vida cada vez más próximas al mundo urbano “civilizado”.

Sobre este mosaico de pueblos se impuso Roma, normalmente apoyándose en las elites más abiertas a su cultura y movida por intereses económicos, más que por transformar las culturas, lenguas y religiones. Pero el Imperio Romano suponía ante todo una nueva cultura capaz de reunir todas las áreas civilizadas del mundo antiguo. Desde esta perspectiva, al margen de visiones nacionalistas anacrónicas para aquellos acontecimientos, Roma representa el final de un proceso milenario de aproximación a formas de vida más complejas y civilizadas, hasta llegar a unificar la sociedad cada vez más amplia e interaccionada del Mundo Antiguo, que exigía un único sistema de gobierno. Así se comprende que la gran aportación de Roma haya sido el Derecho y la preeminencia de la Ley como norma para que funcione la sociedad. Tal logro supuso el final de un largo proceso y, a la vez, el inicio de una nueva etapa histórica de la humanidad que llega hasta la actualidad.

En conclusión, la Prehistoria de la Península Ibérica ofrece un mosaico de culturas, aún en muchos aspectos mal conocidas, en el que las influencias, los aportes étnicos y los intercambios culturales se entretajan como los hilos de una cuerda. Este proceso ha conformado la distinta personalidad de cada una de sus regiones y ha quedado plasmado en su desarrollo posterior a lo largo de la Historia. Sobre esta urdimbre llegaron después las invasiones germánicas, seguidas de la conquista islámica, que trajo consigo una importante aportación bereber y nuevos influjos orientales. Posteriormente el proceso de la Reconquista fue parejo a una creciente europeización cultural, seguida de la apertura al Atlántico gracias a las navegaciones de Portugueses y Castellanos, que dieron lugar al descubrimiento y colonización de América. Este proceso, que se vio tan favorecido por la ideosincracia, la situación y la variabilidad de los pueblos peninsulares, supuso otra nueva etapa en la Historia de la Humanidad.

Pero desde la perspectiva que ofrece este complejo e interrelacionado proceso histórico, pretender, aunque sea a nivel mítico, que la historia de cualquiera de las regiones peninsulares es independiente de las demás, es algo tan ingenuo que no se puede admitir científicamente y si se plantea, hace suponer que existe un deseo de deformación intencionado. Tal postura no se comprende sin intereses espurios, normalmente de elites ávidas de poder, como nos enseña la Historia, que por eso es “Maestra de la Vida” en palabras de Cicerón.

Pero la Historia, como memoria colectiva de la sociedad y de cada uno de nosotros como parte integrante de ella, no admite tales manipulaciones. Toda manipulación histórica intencionada debe ser hoy tan rechazable o más que la

instigación a actitudes machistas o racistas, pues la Historia documenta las costosas y cruentas consecuencias de manipulaciones históricas ideologizadas. Baste recordar sus nefastas repercusiones en la II Guerra Mundial o en la historia reciente de Yugoslavia para exigir tratar un tema tan delicado con toda seriedad.

\*

Esta visión de la Prehistoria de la Península Ibérica permite comprender, como ejemplo aleccionador, la supuesta “personalidad diferenciada” que algunos atribuyen a la Prehistoria del País Vasco, aunque curiosamente desde hace más de 75 años no exista una visión actualizada de los viejos esquemas ya superados para ver lo que hay en ellos de mito y lo que hay de conocimiento científico.

El origen de los vascos es un tema de gran interés en la Prehistoria de la Península Ibérica y de toda Europa, que exige una investigación interdisciplinar de los datos arqueológicos, lingüísticos y antropológicos. Pero antes de adentrarme en este sugestivo tema, quiero insistir en que una etnia o pueblo es siempre resultado de complejas interacciones de larga duración de todos sus elementos constituyentes, pues a lo largo de tiempo van cambiando la cultura material, los conocimientos técnicos y los medios de subsistencia, pero también la estructura social, la ideología, la lengua, las características antropológicas y la religión, tanto por propia evolución como por contacto con otros grupos humanos, bien sea por difusión, aculturación o invasión. No tener en cuenta estos hechos es vivir de mitos. Por ello el concepto de pueblo o etnia es necesariamente dinámico y variable, en el espacio y en el tiempo. La idea de un pueblo estable, como la idea de un pueblo asentado desde siempre en un mismo territorio, es un mito. Y en el caso de los vascos, quienes lo mantienen olvidan que dicha idea procede del mito de la repoblación de la tierra por los hijos de Noé tras el Diluvio, creencia abandonada por todos los europeos a lo largo del siglo XIX al surgir la Prehistoria.

En este mito histórico ha influido el problema del origen de la Lengua Vasca, la única lengua viva no indoeuropea de Europa Occidental. En efecto, la lengua es un elemento cultural esencial para determinar la etnicidad, pero no el único. Pero considerarla como “lengua originaria” es un magnífico ejemplo de “Goropianismo”, término utilizado para designar la creencia de que la propia lengua es la más antigua del mundo, como creyó Goropius Becanus (1518-1572), un humanista holandés del siglo XVI que consideró que todas las lenguas descendían del Holandés. Esas creencias fueron habituales entre los iniciadores de la lingüística comparada. También James Parson, en 1767, tras comparar 1000 palabras de lenguas por él conocidas, dedujo que todas descendían del Irlandés, frente a la creencia tradicional de que sería el Hebreo la más antigua, por ser la lengua de la Biblia y, por tanto, originaria de Babel y a éstos ejemplos se podrían añadir otros semejantes.

El “gorospianismo” imperante en la época explica que Esteban de Garibay (1533-1599) considerara la Lengua Vasca como una de las 72 lenguas de Babel, teoría seguida por el jesuita Manuel Larramendi (1690-1766), cuyo *Diccionario trilingüe castellano, bascuence y latín* (1745) inicia el estudio de la



Lengua Vasca. Su *Prefacio* (cap. 8, pág. 82) recoge una inscripción falsa por él traducida, que traslucía su poco ecuánime posición ideológica:

*“Para nuestro gran creador, los Escaldunes, bajo su protección y respeto, levantamos esta sólida tabla de metal en el momento en que por primera vez penetraron entre nosotros lenguas extrañas y diversas, de manera que los que vengan después de nosotros entiendan que adoramos y de buen grado un solo dios, no como esos advenedizos, a extraños y ridículos dioses”.*

Gregorio Mayans (1699-1781), una de las mentes más preclaras de la Ilustración del siglo XVIII, replicaba con ironía en su *Introductio ad veterum inscriptionum historiam litterariam* (Madrid, 1756), que “quien afirma haber leído una lámina de un metal desconocido escrito en caracteres desconocidos más antiguos que los romanos, cartagineses, griegos y fenicios, no dudo que hubiera leído también el libro de Henoch, en caso de que hoy existiera...”.

La misma línea que Larramendi siguió Pedro Pablo de Astarloa (1752-1806) en 1804 en sus *Reflexiones filosóficas en defensa de la lengua vascongada*. Esta obra fue rebatida por José Antonio Conde, hebraísta, arabista, latinista y helenista, quien, en su *Censura crítica de la pretendida excelencia y antigüedad del vascuence* (Madrid, 1804), ironizaba sobre cómo, sin conocimientos lingüísticos, se afirmaba que la lengua vasca era la más antigua del mundo. Juan Bautista Erro (1774-1854), autor del *Alfabeto de la lengua primitiva de España* (1806) y en 1807 de las *Observaciones filosóficas a favor del alfabeto primitivo ó respuesta apologética a la censura crítica del Cura de Montuenga* (José Antonio Conde), prosiguió la polémica, llegando hasta a decir que el origen del alfabeto griego y el nombre de sus letras procedía del Vasco. Esta pintoresca idea se basaba en que, según Astarloa, en Vasco cada sílaba y cada letra tenían sentido propio, lo que les permitía proponer etimologías vascas a cuantos topónimos y palabras consideraban, tradición todavía mantenida hoy por algunos aficionados a la lingüística.

Esta postura motivó, como se ha indicado, las justas críticas de los ilustrados Mayans y Conde, pero también años después de los mejores especialistas de otras épocas, como las de Rodríguez de Berlanga en 1881, aún más duras y atinadas, las de Camille Jullian, el gran autor de la *Histoire de la Gaule* en 1920, y las más recientes de Caro Baroja o de Antonio Tovar en su *Mitología e ideología sobre la Lengua Vasca* (Madrid, 1980), por no decir de otros lingüistas actuales.

Según la indicada visión gorospianista, generalizada hasta el siglo XVIII, el vasco era la lengua más antigua hablada por toda la Península Ibérica de manera uniforme antes de los romanos. Dicha lengua sería la misma que el ibérico, teoría denominada como *vasco-iberismo* que fue adoptada por W. von Humboldt en 1821, quien la difundió con su autoridad por toda Europa. Según esta teoría, los celtas eran una invasión posterior, como los romanos, de acuerdo con interpretaciones “invasionistas” de la época.

Sin embargo, la lectura del alfabeto ibérico por Gómez Moreno en 1921 reveló que en la Hispania prerromana se hablaban lenguas muy distintas, frente a la

tesis del vasco-iberismo generalizado, aunque ya Conde, Fidel Fita, Joaquín Costa y Henri d'Arbois de Jubainville observaron que las zonas centrales, occidentales y septentrionales de Hispania habían hablado Celta, como confirmaba su onomástica y su toponimia, lo que reducía la supuesta extensión original de la Lengua Vasca.

Pero estos presupuestos gorospianistas del siglo XVIII se utilizaron para formular la Prehistoria del País Vasco en el siglo XIX, cuando ya las tesis gorospianistas se habían abandonado en los estudios prehistóricos de toda Europa. Según esa visión, “los vascos se consideran fósiles de una raza prearia, que se refleja en la Arqueología” (Carlos Ortiz de Urbina, *La Arqueología en Álava en el siglo XVIII y XIX* (Vitoria 1996), p. 296, n. 965). Sin embargo, los hallazgos arqueológicos documentan que dicha creencia es un mito hoy imposible de aceptar, lo que explica que no se haya escrito una Prehistoria del País Vasco desde *El hombre primitivo en el País Vasco* (Zarauz 1935) de José Miguel de Barandiarán. La alternativa hay que buscarla en una etnogénesis compleja, único modelo teórico alternativo y eficaz para explicar la Prehistoria del País Vasco en relación con la de las áreas de su entorno.

Además, esta visión mítica simplista consideraba la Prehistoria del País Vasco como algo uniforme, como su lengua y su antropología, en la que los elementos de supuesto origen foráneo se atribuían a “invasiones”. Sin embargo, los estudios en los últimos 25 años evidencian dos zonas culturales diferenciadas en el actual País Vasco. Una es Álava, integrada en el Valle del Ebro y la Meseta Septentrional, y otra, el País Vasco atlántico, que forma parte de la región cantábrica; a éstas, cabría añadir una región pirenaica al Este de Leizarán, con prolongaciones por Navarra y la Aquitania. La unidad de zonas tan distintas es otro mito anacrónico, difícilmente de asumir en tiempos prehistóricos: esas zonas en la Prehistoria lógicamente son afines a las regiones geográficas de las que forman parte, por lo que es lógico que siempre hayan estado integradas en ellas desde un punto de vista cultural y étnico.

Estos hechos son de gran trascendencia, pues cultura y medio ambiente están profundamente interrelacionados. Un medio ambiente tan diferenciado supone fuertes variaciones culturales y, en consecuencia étnicas, a pesar de la escasa distancia geográfica, hecho que confirma la Arqueología. Además, el País Vasco es zona de paso siempre abierta a los cambios que afectaban a las distintas áreas geográficas, por lo que es absurdo suponer la inexistencia de contactos y cambios. Un buen ejemplo es el Vaso Campaniforme, extendido por toda Europa Occidental entre el 2500 y el 2000 a.C. En el País Vasco se conocen más de 75 hallazgos aparecidos sin diferencias con los de las regiones de su entorno. Este número permitiría calcular un mínimo de 75000 objetos campaniformes si se supone con optimismo que se ha conservado el 1/1000 de los originales, lo que representaría aproximadamente unos 150 por año. Dada la densidad de población de la época, es impensable que esa cifra no hubiera dejado huella étnica y cultural, especialmente en procesos de larga duración, como son los prehistóricos.

A ello se suma que la Lingüística documenta un substrato indoeuropeo muy antiguo en la hidronimia de ríos tan vascos como el Deva, el Nervión o el

Plencia y los análisis de ADN prehistóricos también parecen rechazar la visión de “aislamiento” durante la Prehistoria. Además, muchas creencias consideradas “vascas” en el sentido gorospianista, incluso alguna tan emblemática como el “Árbol de Guernica”, es una bien conocida tradición indoeuropea, concretamente celta, basada en la sacralidad del roble, de la que se derivaba su función como lugar de reunión sacro-jurídica.

Por ello carece de validez el mito de la “personalidad” de la Prehistoria Vasca, a pesar de que se mantenga caduco desde hace muchos años al estar en contradicción con los avances en todos los campos de estudios. No se puede construir una Prehistoria actual con tesis “míticas”, pues va contra todas las evidencias científicas. Si se mantiene, es sólo por motivos ideológicos de tipo político, como evidencian los estudios historiográficos. Este hecho es el que explica la falta de estudios actuales sobre etnogénesis en el País Vasco, precisamente donde la sociedad parece estar más interesada en ellos.

La única alternativa es considerar que la cultura material, la economía, la organización social, la ideología, la lengua y la antropología están en cambio continuo, sea éste más o menos perceptible. Dichos cambios se pueden producir con cierta independencia unos de otros, pero siempre interaccionados entre sí y afectados por las culturas con las que ineludiblemente entran en contacto en el devenir histórico. Si se aplica este modelo al variado marco geográfico señalado, es imposible mantener la visión simple y homogénea de la Prehistoria Vasca, mientras que este modelo sí explica las lógicas interconexiones de los procesos culturales del País Vasco con el resto de la Península Ibérica y, por supuesto, de Europa Occidental, en los que se enmarca.

No es ésta la ocasión de explicar la Prehistoria del País Vasco. Pero sí se puede señalar algunas características de los pueblos prerromanos conocidos por las fuentes históricas. Los Autrigones se extendían por el Este de Cantabria, el Oeste de Vizcaya y Álava y el Norte de Burgos. El resto de Vizcaya hasta el Deva lo ocupaban los Caristios, igualmente extendidos hasta el norte de Álava. Los Várdulos ocupaban Guipúzcoa y el Nordeste de Álava. La mayor parte de la Rioja era el solar de los Berones. Al Este del Leirazán y desde el norte de la Sierra de Cantabria hasta el Pirineo se extendían los Vascones, que alcanzaban Guipúzcoa oriental y llegaban hasta Huesca y casi hasta Zaragoza por el Ebro Medio, tal vez favorecidos por los romanos. Al Norte de los Pirineos, los Aquitanos ocupaban la cuenca del Garona.

Los Berones, Várdulos, Caristios y Autrigones eran pueblos celtas, como indican los nombres de sus poblaciones y sus antropónimos y como confirma su etnogénesis y sus creencias y organización social, mientras que Bascones y Aquitanos serían poblaciones de estirpe vasca, aunque celtizados y difícilmente diferenciables de los anteriores en sus formas culturales y en sus estructuras sociales e ideológicas. Por lo tanto, considerar a unos indígenas y a otros “invasores” es un anacrónico mito gorospianista contrario a todas las evidencias. En todo caso, la hidronimia más antigua y la tradición cultural parecen indicar que las poblaciones indoeuropeas serían las más antiguas en la mayor parte del

País Vasco, mientras que donde más indicios antiguos quedan de la Lengua Vasca precisamente es en la Aquitania.

También es necesario tener en cuenta fenómenos de interetnicidad y de aculturación que pueden enmascarar elementos tan significativos como la lengua y dificultar la interpretación de los parciales datos de ADN existentes, que en la actualidad no parecen modificar este cuadro, según los resultados actualmente disponibles. Dicho cuadro confirma la complejidad de estos procesos de etnogénesis, que se deben considerar similares a los del resto de Hispania, ciertamente una zona más compleja que muchas otras regiones de Europa.

Este estado de la cuestión es lo que explica la comentada dificultad de una Prehistoria actual en el País Vasco que siga basándose en la visión gorospianista tradicional, ya que esta postura equivale a la de quienes, en tiempos de Galileo, se negaban a mirar por el telescopio para poder seguir manteniendo que el sol giraba alrededor de la tierra.

Esto es lamentable. Pero más lo es que estas ideas se enseñen en las escuelas, lo que supone manipular a la juventud y a la sociedad al influir en su ideario colectivo. En esas circunstancias no se puede hablar de libertad, ya que ésta no existe en una sociedad manipulada. Si se hiciera abstracción de la situación, este caso serviría como claro ejemplo de manipulación ideológica utilizada por elites ansiosas de poder para controlar a la sociedad al servicio de sus intereses. Este hecho no parece propio de una sociedad desarrollada del siglo XXI, cuando tenemos el reto de lograr que el mundo global al que estamos abocados sea lo más justo posible en una sociedad cada vez más abierta, pues perdemos esfuerzos imprescindibles en luchas absurdas y anacrónicas, cuando no fratricidas, al menos vistas desde una perspectiva histórica.

\*

Esta larga exposición permite extraer algunas reflexiones. La formación de nuestras queridas y variadas tierras y gentes que conforman lo que hoy es España es resultado de un largo y complejo proceso, que no se puede cambiar a corto plazo, frente a lo que a veces se piensa. España es resultado de una larga formación, compleja y muy variada. Pero esa variación debe leerse como una riqueza cultural y no puede servir para justificar rupturas, al menos, basándose en la Prehistoria, ya esa manipulación ideológica está en contra de los datos que ofrece esta Ciencia.

En este sentido, la Prehistoria de la Península Ibérica constituye una valiosa base de reflexión, histórica y humana, que puede servir para comprender mejor la formación de las gentes que actualmente la habitamos y nuestra idiosincrasia. Su proceso formativo ofrece un modelo enriquecedor de asimilación y de difusión e intercambio de influjos culturales y étnicos, que han ido conformando nuestra verdadera personalidad, no los mitos que algunos pretenden hacer pasar como Historia.

La postura aquí expresada no pretende monopolizar toda la verdad. Pero estas reflexiones deben contribuir a suscitar una discusión seria y enriquecedora, basada en datos objetivos, no en mitos, para llegar de ese modo a comprender y valorar mejor los orígenes de nuestra cultura y su diversidad y unidad, que

constituyen una auténtica riqueza cultural atesorada de manera inconsciente desde época ancestral.

Esa riqueza debe contribuir a nuestra cultura y ayudarnos a conformar la sociedad del futuro, necesariamente cada vez más compleja e integrada en unidades superiores. Por ello, no es posible plantear nacionalismos anacrónicos, cuya ideología está más cerca de postulados políticos de los reinos de taifas que de la observación de la abierta realidad actual y del deseo de mejorar nuestra calidad de vida en el mundo que nos va a tocar vivir en el futuro.

Por ello, deseo sinceramente que una correcta comprensión de cómo hemos llegado a ser lo que somos en la actualidad sirva para acertar mejor lo que queremos llegar a ser en nuestro futuro.